

Ayer será tarde

Francisco Rodrigo Escobedo Robles

Febrero 2004

Todos los personajes y situaciones descritos en esta obra son ficticios.

Cualquier parecido con la realidad es preocupante.

1

De: Centro.Calculo@GNetiK.Labs

Para: Leon@GNetiK.Labs

Asunto: Re: Simulación del ordenador

Los resultados son buenos, tenemos la matriz inicial preparada para comenzar las pruebas enseguida. A este paso, habrá que pedir rapidísimos ordenadores ópticos (o al menos basados en diamante en vez de en silicio) para terminar tus encargos cuanto antes :)

Enhorabuena.

Al fin una buena noticia.

León apartó la ventana del correo para centrarse en el programa GeneSys. Después de varios años de investigaciones, sus esfuerzos habían sido premiados. Se pasó la mano por sus rubios y siempre despeinados cabellos y se echó para atrás en la silla.

Cuando comenzó a desarrollar GeneSys, sus compañeros le dijeron que estaba loco, que no podía programarse una estructura genética como si fuera una lista de la compra. Y sin embargo, él se hallaba a un paso de demostrar que en el futuro se podrían elegir los genes de cualesquier especie de ser vivo y escoger sus características con la misma facilidad con la que se encargan las opciones de un automóvil al comprarlo. Por no hablar de las inmensas posibilidades que daba el poder programar vacunas con funciones específicas. Biología a la carta.

No sólo seré famoso y mi nombre aparecerá en los libros de Historia. Además, seguramente seré rico.

Sonrió. Miró la moderna pantalla gráfica de su ordenador y recordó que cuando comenzó GeneSys sólo disponía de un terminal monocromo de texto VT52... y ahora tenía una estación de trabajo basada en Unix para él solo.

Los tiempos cambian... Y ahora, a trabajar en el módulo de nanocuántica.

La incorporación de la nanotecnología y la Física cuántica revolucionaría el mundo de la genética planificada. Por un lado, combinaba la potencia y flexibilidad que se derivaba del uso de nanomáquinas, mecanismos del tamaño de células, que podían realizar reparaciones en tejidos vivos. Esto equivalía prácticamente a pensar en la mecanización de las tareas que la Naturaleza había dejado a una evolución ciega y sorda a lo largo de millones de años. Y sin embargo, tales nanomáquinas no eran muy distintas de sus equivalentes biológicas: estaban especializadas, su tamaño era mínimo y su inteligencia, limitada. La diferencia, hasta ahora, era que las nanomáquinas no disponían de mecanismos de construcción de nuevas nanomáquinas, por lo que siempre había que inyectar la cantidad necesaria en el torrente sanguíneo para cumplir su misión. Este módulo daría lugar al desarrollo de nanomáquinas con capacidad de reproducirse controladamente.

Por otro lado, emplear la tecnología cuántica equivalía a hurgar en las intimidades de la materia y la energía (siendo ambos, en realidad, aspectos distintos de una misma naturaleza) al mismo nivel al que estaba hurgando en la vida al tratar con el código genético. Sin embargo, para esta tecnología existían ya una serie de recetas (tal como las llamaban informalmente los Físicos) que permitían obtener resultados interesantes. No hay que olvidar que las 3 aplicaciones más conocidas de la Física cuántica (las microondas, el láser y los semiconductores) forman la base de toda la tecnología moderna que podemos encontrar a cada paso que damos: ordenadores, teléfonos móviles, satélites artificiales, fibra óptica... La combinación

de estas 2 técnicas en el contexto de la genética era lo que hacía distinto a GeneSys.

León se sintió como un dios. Un dios creador de materia *viva*, planificada, inteligente, autoreparadora y con más posibilidades de evolución de las que jamás haya tenido el ser humano. Y todo ello, destinado a combatir las enfermedades más terribles conocidas e incluso las que pudieran venir.

Pensando en esto, activó una opción en el programa GeneSys y comenzó a trabajar.

2

Rebeca se despertó en mitad de la noche. Había tenido otro de esos intensos sueños, no muy distintos a pesadillas, cuyos contenidos le resultaban tan intrigantes. Con el corazón aún alterado, se levantó y se preparó un café. Era de la máxima importancia que estuviera totalmente despierta enseguida.

Mientras sorbía el caliente líquido, trató de recordar todos los detalles, cualquier pista que le permitiera penetrar en el -de otro modo insondable- universo del inconsciente. Para ella era vital capturar con precisión estas incursiones al dominio de lo desconocido, pues su obra se basaba en ello.

Minutos más tarde se hallaba en plena faena ante un lienzo, tratando de plasmar las sensaciones, más que las imágenes, de aquel vívido sueño que la había obligado a regresar al mundo de la vigilia. Con su pincel tendía un puente entre la región de lo ignoto, lo indefinido, lo eterno tal vez; y el mundo de la materia, de la concreción, del orden aparente cuyo origen era claramente humano.

La pintura era para Rebeca algo más que una forma de ganarse la vida. No en vano, su trabajo de profesora de Arte, otrora indispensable para lograrse el sustento, era ahora una actividad que

amenazaba con interferir en sus verdaderos intereses. Pues, merecidamente, con el tiempo había conseguido hacerse un nombre en el selecto círculo del surrealismo pictórico.

La venta de cuadros era no sólo una fuente de ingresos, sino una manera de darse a conocer en otros entornos. De hecho, había tenido la oportunidad de que se le encargasen en varias ocasiones el diseño de la decoración de alguna película y de más de una cubierta de libro. A veces lamentaba tener que separarse de su obra, pero en la mayoría de ocasiones lo agradecía; pues era tanta la intensidad emocional que impregnaban sus cuadros que, de tenerlos cerca, podían llegar a influirle negativamente. Y es que no todos los sueños y pensamientos que le inspiraban su obra eran amables. Algunos, como el de esta noche, le producían tal desgarró en su interior que bien pudiera decirse que le dolía la experiencia, asimilándose de algún modo a un parto.

Rebeca había estudiado el fenómeno del inconsciente desde su propio punto de vista; temía contaminarse si aprendía otras disciplinas que interfirieran con su forma de pensar. Le atenazaba la ineludible sensación de *ver*, incluso *saber*, algo que nadie más podía percibir y, cuando casualmente se había encontrado con información de otras disciplinas (bien sea a través de libros o de conversaciones con personas, ya que ella raramente veía la televisión), se maravillaba del hecho de que hallase tantas coincidencias significativas.

Y ahora, a través de un proceso transformador, pincelada tras pincelada, iba concluyendo su cuadro. Los primeros rayos del sol se derramaron por la superficie del sueño ahora plasmado en un lienzo, llevándose aquel dolor que lo originó. Rebeca se sintió aliviada y, sentada en un sillón frente al cuadro recién terminado, se quedó dormida.